

Esta victoria dió un golpe mortal al partido tanto tiempo temible de los albigenses. El celo de la cruzada se reanimó en todas partes. El duque Eudo III de Borgoña acudió de nuevo al socorro de Simon de Monforte, con los arzobispos de Leon y de Viena. El Príncipe Luis de Francia, hallándose libre por una tregua concluida entre Felipe Augusto y el Rey de Inglaterra, se dió prisa á cumplir el voto que hizo tres años antes. En poco tiempo las plazas que les quedaban á los sectarios cayeron en poder del gefe de los cruzados, el cual se vió entonces dueño del Langüedoc, de Querci, de Agen, de Rovergne y de una parte de la Gascuña. El derecho sobre estos

de los Príncipes mas famosos de su tiempo, celebrado con encarecimiento por los antiguos escritores. Era de estatura heróica, gallardo, liberal, magnífico hasta la prodigalidad, humano, amable y tan honrado y fiel á sus promesas, que por cumplir las que hiciera al conde de Tolosa perdió la vida. Fundó la caballería de San Jorge en el año 1201, y le hizo donacion del desierto de Alfama, para que se erigiese la primera casa de la orden. Cultivó con tal primor la poesía provenzal, que es contado entre los mas célebres trovadores de su tiempo. Véase la histor. de Langüed. tom. 3. pag. 253.

El conde Simon de Monforte, lograda ya la victoria, permitió á los aragoneses y catalanes que recogiesen y diesen sepultura al cadáver de su Rey, y ordenó que cuidasen y honrasen al Príncipe D. Jaime. Este, que no contaba aun los cinco años, vió alzarse en torno de sí mil dificultades que le hacian quasi inaccesible el trono de sus padres. Su tio D. Fernando, abad de Montaragon, intentó volver al siglo y apoderarse del reino: iguales proyectos abrigaba en su interior el conde de Rosellon D. Sancho, tio del difunto Rey, sin embargo de ser muy anciano. Ambos pretestaban que el Príncipe era bastardo por la

nuevos dominios le fue asegurado algun tiempo despues en el concilio de Letran, y el conde de Tolosa quedó escludido para siempre como Príncipe sin fe, en quien no se podia tener confianza alguna. Creyeron hacer demasiado permitiéndole retirarse á cualquiera lugar propio para la penitencia, con una pension de cuatrocientos marcos de plata, y reservaron para sus hijos algunas posesiones en Provenza. Por lo tocante á la Princesa su muger, cuya virtud y catolicismo ponderaban todos, se la conservó en lo posible el goce de su dote.

22. Es difícil concebir cómo de una sangre tan buena cual era la de los condes de Tolosa, tan distinguidos particularmente por su religioso heroismo en las espediciones de la tierra santa, pudo salir un Príncipe tal como Raimundo VI. El conde Balduino

supuesta nulidad del matrimonio de sus padres, aunque este habia sido declarado válido por el Sumo Pontífice, y por consiguiente el fruto de él legítimo. El mismo gefe de los cruzados ponía estorbos á la coronacion del Príncipe, resistiéndose á su entrega bajo el pretesto de tener concluido un tratado con el Rey D. Pedro en el que se estipuló el casamiento de D. Jaime con una de las hijas de Monforte. Mas el cardenal legado, siguiendo las instrucciones del Papa, congregó un concilio en Montpellier, al que asistieron cinco arzobispos, veintiocho obispos y muchos abades y señores, en el que se mandó al conde Simon, bajo pena de perder sus nuevos estados y amenazándole con las censuras de la Iglesia, que entregase el niño Rey á sus aragoneses. No pudo resistir mas el conde; y D. Jaime conducido á Barcelona, á Lérida y luego á Monzon fue proclamado Rey en estas y en las demás ciudades del reino. Mariana lib. 12. cap. 3. = Ferreras tom. 6. pag. 51. = Ortiz lib. 9. cap. 1.

bertado de la servidumbre del siglo. Habiendo recibido una mala túnica de uno de sus mas antiguos amigos, se dedicó al servicio de los leprosos y al egercicio de las obras mas mortificativas de misericordia y de humildad. Domicilióse despues en una pequeña iglesia llamada nuestra Señora de los Angeles, y mas comunmente Porciúncula, por el lugar donde estaba situada, á seiscientos pasos de Asís.

Un dia oyó leer en la misa el paso del Evangelio en que el Salvador dice á sus Apóstoles: *no lleveis oro ni plata, ni moneda alguna en vuestro bolsillo, ni saco para el viage, ni dos túnicas, ni calzado, ni báculo.* „Esto es, dijo, lo que yo busco hace tiempo, y lo que deseo con todo mi corazon.” Inmediatamente dejó sus zapatos, su báculo, sus bolsillos, renunció al dinero, y no conservando mas que una simple túnica, arrojó el cinto de cuero y se hizo uno de cuerda, dedicándose á conformarse en todo con lo que acababa de oir como á regla practicada por los Apóstoles. En este estado comenzó á predicar la penitencia, y en breve se vió con siete discípulos que se redujeron á la misma pobreza, y concurrieron con igual ardor á la conversion de los pueblos. „Hermanos mios, les dijo, prediquemos penitencia mas bien con el eemplo que con palabras. Confíemos en el Señor que ha vencido al mundo con su cruz. Hallaremos hombres duros que nos pagarán mal los bienes eternos que intentaremos procurarles; pero ganaremos mucho sufriendolo todo con paciencia y humildad: en una palabra, muchos

y nobles vendrán á juntarse á nosotros, y llevarán las verdades de salvacion á los Reyes y á los Príncipes, como tambien á los pueblos. Pues guardémosnos en todo caso de censurar á aquellos que viven con mas delicadeza que nosotros, ó que traen en sus vestidos adornos supérfluos. Ellos son como nosotros hijos de Dios, y por consiguiente hermanos nuestros: él puede llamarlos á sí, y hacerlos mas agradables á sus ojos que nosotros. Muchas veces aun sin haber recibido el don celestial, no dejan de procurar el servicio del Señor, socorriendo las necesidades corporales de sus siervos y de sus ministros.”

Los discípulos de Francisco comenzaron á llenar segun este plan sus funciones apostólicas. Predicaban con sencillez y sin aceptacion de personas, dirigiéndose á los primeros que encontraban, inclinando á todos á amar y servir al Señor, á temer sus juicios y los castigos eternos destinados para aquellos que no guardan sus preceptos. Algunos los escuchaban con atencion, y usaban de caridad con ellos; mas la mayor parte miraban con asombro su vestido extraordinario y la austeridad no menos singular de su vida. Les preguntaban de que profesion y de que nacion eran. Negábanles frecuentemente el hospedaje como á vagamundos y malhechores; de suerte que se veían reducidos á pasar noches enteras debajo de los pórticos de las iglesias. Algunas veces los cargaban de injurias ó los ultrajaban sin prudencia: los muchachos y el populacho les tiraban piedras y basura, y los arrastraban por las calles tirándoles del

su hermano tuvo tal afecto á la religion de sus padres, que no pudo debilitarle el furor mas bárbaro. Hallándose en Querci durmiendo sin la menor sospecha, fue sorprendido y conducido por los ruteros, aliados de su hermano Raimundo, á uno de los castillos que sus gentes defendian contra estos bandidos. No queriendo mandarle entregar como lo pedian, le tuvieron dos dias enteros sin comer. Resuelto á morir antes que condescender con estos enemigos de la probidad y de la Religion, hizo venir un sacerdote para confesarse y recibir el santo Viático. Mientras que el sacerdote le conducia, compareció un rutero furioso, el cual vomitando mil imprecaciones protestó que Balduino no comeria ni beberia hasta no haber entregado á otro rutero que tenia en las cadenas. „Hombre cruel, dijo el conde, yo no pido el alimento corporal, si solo el augusto Sacramento que es el alimento divino de nuestras almas. Obstinándose en negárselo: que me le manifiesten á lo menos, dijo, y le adoraré devotamente.” Lleváronle luego á Montalban donde se hallaba el conde de Tolosa, y este hermano bárbaro le hizo poner inmediatamente el cordel al cuello para colgarle. Pidió al momento la confesion y el Viático, que le fue negado como la primera vez. Tomó á Dios por testigo de su buena voluntad, y de la disposicion en que perseveraba de dar su vida por la defensa de la Religion. Entonces el conde de Fox, ayudado de su hijo y de un caballero aragonés, le llevaron arrastrando con la misma cuerda que tenia puesta, y le colgaron de un ár-

bol. Júzguese por esta atrocidad del carácter y de la impiedad del conde de Tolosa.

23. Cuando Santo Domingo vió que las guerras de religion habian llegado á semejantes furores, entró en su patria, é hizo misiones en Aragon, en Castilla, en Portugal y hasta en las provincias ocupadas por los moros. Entonces fue cuando para interesar la poderosa proteccion de la Madre de Dios en trabajos tan penosos, estableció la devocion del Rosario, conforme á las costumbres de un siglo y de un pais en que las guerras y continuos desórdenes hacian todavía de la meditacion de los libros santos un egercicio reservado á pocas personas (*). Volvió

(*) Vemos, no sin admiracion y sorpresa, lo muy poco que nos dice el piadoso historiador Berault sobre la devocion del Rosario, y no nos podemos dispensar de estender algun tanto su narracion, para que se conozca mejor el origen de una práctica tan santa y saludable como generalmente recibida, y la que tanto honor hace al grande español Santo Domingo de Guzman. La institucion de esta práctica de piedad, precedió al rompimiento de la guerra; pues que el ver Domingo aproximarse el momento fatal que iba á quitar á muchos los medios de salud y hasta el tiempo necesario para trabajar en su propia salvacion, fue lo que mas le penetró de dolor, é impulsó su celo á interesar en él con sus oraciones á la Madre de misericordia. La instruccion que esta Reina de los Angeles dió á Domingo, apareciéndosele cercada de gloria, fue el primer principio del Rosario, el que publicado luego á luego por aquel padre de los predicadores, se mostró tan poderoso y útil por la multitud de prodigios que obró en todas partes, que en breve tiempo vino á ser la devocion mas general de la iglesia de occidente. Su escelencia y solidéz tan conocida, tan autorizada por la Iglesia, tan propia en fin para acostumar á los fieles á meditar con frecuencia los misterios de nuestra redencion, y á honrar á María Santísima con la imi-

sin embargo otra vez á Francia; pero con el fin de instituir misioneros pacíficos, ocupados en el ministerio puramente espiritual y en la salud de las almas. Recogiendo poco fruto los primeros discípulos, á causa de no tener vínculo alguno que los ligase á sus funciones, le ocurrió al pensamiento el formar un orden religioso que fuese consagrado á la predicación del Evangelio, á la conversión de los hereges y á la propagación del cristianismo. Encontró desde luego diez y seis compañeros que se comprometieron con él para estos trabajos apostólicos y para la vida pobre y mortificada del apostolado (*).

tación de sus virtudes: las grandes ventajas que han sacado en todo tiempo los cristianos que procuran conformar su vida á la santidad de los objetos que el Rosario ofrece á su consideración, prueban mas eficazmente que todo encarecimiento, que no hay otra práctica religiosa, entre las de su clase, mas conforme al espíritu del cristianismo, mas agradable á la Reina de las vírgenes, ni por consiguiente mas provechosa para los que desean merecer su protección y trabajar fructuosamente en la obra de su eterna salud. Por lo demás, los fundamentos que nos autorizan para reconocer en Santo Domingo el primer institutor del Rosario, dejando aun aparte la comun y constante tradición de mas de seis siglos, son los testimonios espresos de los Soberanos Pontífices Leon X, San Pio V, Gregorio XIII, Sisto V, Clemente XI, Benedicto XIII y otros muchos. Véase Touron = Vida de Santo Domingo lib. 1. cap. 14.

(*) Antes de principiar Santo Domingo la fundación de la orden de los frailes predicadores (de la que hablaremos en la nota siguiente) instituyó una orden militar con el título de *Milicia de Jesucristo*, por los años de 1210. Algunos escritores han pretendido sin fundamento alguno, que este orden no fue instituido sino despues de la muerte del Santo; pero está ya tan de-

don 24. En esta misma época de la ruina de la fe y de las costumbres, proporcionó el Señor á su Iglesia un nuevo refuerzo de tropas auxiliares por medio de San Francisco, natural de Asís en Umbria (1). Su

mostrada la verdad contraria, que no se podría hoy negar sin faltar á todos los documentos de la historia. Recibió el santo fundador en este, como se hacia en los demás órdenes militares, personas de ambos sexos y de todos estados. Los hombres venian obligados por su profesion á tomar las armas, cuando lo exigiesen las necesidades de la Iglesia, para oponerse á las violencias de los hereges y á sus usurpaciones. Las mugeres asociadas á esta sagrada milicia debian combatir á su modo á favor de la Iglesia, ya con sus oraciones, ya por medio de la práctica de todas las virtudes cristianas y ya finalmente con obras de misericordia. Para este efecto les prescribió el santo fundador á unos y á otras, pero solamente de viva voz, una cierta regla de conducta, una forma de hábito y algunas preces que debían rezar todos los dias en lugar de las horas canónicas.

Cuando el nombre del bienaventurado fundador fue puesto en el catálogo de los Santos, doce años despues de su gloriosa muerte, la orden de la Milicia de Jesucristo fue llamada tercera orden de penitencia de Santo Domingo. Mas como el Santo no habia dado regla alguna por escrito, acaeció que los superiores ó directores de las congregaciones de hermanos que se habian multiplicado en gran manera, mezclaron algunas prácticas segun su devoción particular que no estaban muy conformes con las primitivas. Entonces fue cuando Fr. Munio de Zamora, séptimo general de los frailes predicadores, escribió y redactó en veintidos capítulos la regla dada verbalmente por Santo Domingo, á fin de que se estableciese una perfecta conformidad en todas las casas y congregaciones del orden tercero. En los siglos siguientes se hizo muy célebre este orden, se estendió tanto como el de los frailes predicadores y fue ilustrado con un gran número de Santas y Beatas que han florecido en él. Tour. lib. 1. cap. 17.

(1) *Alb. Stat. ann. 1182. — Vadingg. annal. S. Franc. — Vit. per. S. Bonav. cap. 1. et seq.*

nombre propio era el de Juan Bernardon, y tomó el de Francisco por la facilidad con que aprendió la lengua francesa, necesaria para el comercio que ejercía, como otros muchos de los principales ciudadanos de las ciudades de Italia. Aunque inclinado al placer, sin abandonarse no obstante á la disolucion, manifestó desde sus primeros años tan grande sensibilidad para con los pobres, que llegó á prescribirse por regla no negarse á ninguno, á lo menos cuando interpusiesen el nombre de Dios para pedirle limosna. Sin embargo, cierto día (bien que estaba extraordinariamente ocupado en sus negocios) negó la limosna á un pobre contra su costumbre. Sintió al instante un remordimiento tan vivo, que corrió tras él, y se esforzó en darle satisfaccion así con las tiernas espresiones de su afliccion, como con la abundancia de su liberalidad. Luego prometió á Dios no despachar á ninguno en cuanto le fuese posible; lo que observó puntualmente toda su vida.

Algun tiempo despues, llevando un rico vestido que se habia mandado hacer poco antes, encontró á un hombre de buena familia, pero pobre y muy mal vestido. Causóle tanta lástima, que se quitó su ropa, y obligó al pobre á que se la pusiese. Otro día yendo á caballo por el campo, encontró á un leproso tan desfigurado que sintió desde luego un vivo horror; mas reprimiendo al punto esta nueva repugnancia de la naturaleza, y reflexionando que para adelantar en el servicio del Señor es necesario aplicarse principalmente á vencerse á sí mismo, sal-

tó de su caballo y besó al leproso dándole limosna. Volvió luego á montar, y mirando á todas partes no vió á persona alguna, aunque todo era campo raso.

Los autores de su vida han creído que su caridad, como en otro tiempo la de San Martin, tuvo por objeto al mismo Jesucristo. Pero lo que es mucho mas dichoso, es que estos actos heroicos de virtud le fijaron irrevocablemente en la senda de la perfeccion, y que desde entonces pareció siempre un hombre enteramente nuevo. Ya no tuvo mas objeto que el servicio del Señor, la meditacion de las verdades eternas, sobre todo la caridad de un Dios hecho víctima por los pecadores, el aumento del culto divino y el cuidado de los lugares destinados á él. Consagró desde luego las ganancias de su comercio á reparar las ruinas de una iglesia en otro tiempo célebre, á cuatrocientos pasos de Asís su patria; y despues dejó para siempre el tráfico de las cosas terrenas. Ofendido su padre de que hubiese abandonado la profesion de su familia, le hizo renunciar todo lo que podia esperar de la herencia paterna, y llegó la dureza hasta despojarle de sus vestidos. En vista de esto, Francisco que aun no tenia veinticinco años, dijo estas palabras: en hora buena, pues me veo abandonado del padre que tenia en la tierra, diré en adelante con mayor confianza: *Padre nuestro que estás en los cielos*. Salió sin dilacion de la ciudad de Asís, y se abismó en los bosques alabando al Señor, y dándole gracias por haberle li-